

LA VERDAD

Este periódico
SE PUBLICA POR SU IMPRENTA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE
Organo de los intereses del Departamento Artigas

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza Principal

Sale Miércoles y Sábado

SUSCRICION

Pagadera adelantada

Per un mes. . . \$1 20
" seis meses. . . " 6 00
" un año . . . " 11 00
Número suelto . . . " 20

LA VERDAD

SAN EUGENIO, OCTUBRE 24 DE 1888

Últimos y supremos ideales de una propaganda

Al empezar, y en algunos intervalos luego de la tarea continua, dijimos que nuestra misión era, menos que de enseñanza doctrinaria y de propaganda técnica, de grandes pasos decisivos en el arduo camino peligroso que entonces seguía nuestro Ejército, bajo la inquisición de las miradas suspicaces y hostilizado por quienes echaban sobre sus actuales filas todas las grandes culpas del pasado. Era, la nuestra, época de reparación y había que pedirla con el acento perentorio de las voces enérgicas. Y cuando se trataba de quitar de sobre el Ejército una duda, era cosa de hacerlo sin vacilar ni detenerse en medios, aunque hubiese de arriesgarse el juramento de un hombre a nombre de una colectividad, que, gracias a Dios, fué siempre bastante honrada para honrar a los que juraron de corazón por ella.

Y así fué. En nuestra colección se hallarán acaso menos trabajos tácticos y doctrinales de los que pudieran esperarse. Pero explicamos la falta con la necesidad evidente de la época.

Ahora hay otra necesidad: de orden distinto, cabe sin embargo, bien en la serie de las que hasta hoy han llenado casi por completo nuestras hojas. Necesidad impuesta al Ejército por la fuerza misma de su progreso natural, y que, de no ser a tiempo provista, detendrá al Ejército en cierto término y le dirá como el mar dijo un día al hombre: «de aquí no pasarás.»

Cuando el hombre se vió detener en la orilla, inventó el barco y pasó el límite que parecía eterno. Cuando el Ejército se vea detenido a su vez, inventará forzosamente el barco y pasará también. Pero ya habrá sido contrariado y habrá perdido tiempo en buscar, hallar y emplear el medio de dominar el obstáculo. El hombre detenido en la playa, tenía, para salvarla inmensidad de siglos por delante: el Ejército, retrasado ya, no puede perder el tiempo y debe quitar de antemano los tropiezos que puedan habérselo perder. Nosotros no tene-

mos siglos por delante para alcanzar el progreso militar que nos va abandonando a retaguardia. El tiempo, y el progreso no esperan, y quiera Dios que no quedemos tan lejos, que sea luego imposible recobrar las distancias perdidas.

En todas las naciones, se vé diamante al Gobierno tener presente en sus acuerdos al Ejército, dedicarse cor poraciones especiales, adjuntas ó independientes, mutuamente apoyadas, a discutir y resolver con color todos los problemas militares que se suscitan; vemos que apenas los Ejércitos presentan una parte débil ó un detalle orgánico defectuoso, los Gobiernos, solícitos acuden a fortalecer la parte ó a reformar el detalle. Aquí, desgraciadamente, solo tenemos un Ministro de Guerra y Marina que ha de hacerlo todo y que puede hacer muy poco, por mas que quiera hacer. Si su buen deseo lo sugiere una idea progresista, desengañado de lo que puede esperar del Erario, ha de ocurrir al Ejército para allegar los medios de llevarla al hecho. Indudablemente estará viendo, será evidente para él, la serie de instituciones que el Ejército está reclamando a gritos. Pero ¿que hará nos preguntamos. ¿De donde saca medios sino acurre a los heroicos. . . Ya lo indicamos, para fundar la Escuela de Cabos y Sargentos, el remedio heroico y eficaz, único medio de evitar que el Ejército, cuando tenga oficiales de Colegio, esté casi imposibilitado para emplearlos y pierdan ellos y el su tiempo miserablemente: dar cien bajas en la forma que indicamos ya otra vez y fundar la Escuela con su prest, sin pérdida de momento. Habrá para el año entrante obligación de sostener la institución y se habrá salvado; y tendremos la Escuela, que, de otro modo sabe Dios para cuando quedará.

He ahí lo que anhelamos ver que queda en el Ejército, el día que retiremos nuestras armas de la lucha. Hasta no verlo, mientras el Ejército siga en peligro de perder un tiempo que acaso no puede recobrar, hemos de hallar aliento para pedir la Escuela mientras es tiempo y para dejar en pie nuestra protesta cuando el tiempo se haya perdido. Se perderá dos años cuando menos, acaso tres. Y ese tiempo que tanto ha equivocado en esta época de vida rápida y obras presurosas, no puede perderse sin que quepa una grave responsabilidad a quienes están hoy en tiempo de estorbarlo.

Posiblemente no señalará la fundación de la Escuela de Cabos y Sargentos el fin de nuestra vida periodística; pero evidentemente habrá perdido ésta uno de sus objetos fundamentales. Habrá llegado a ver sucesivamente realizadas, todas las obras primordiales necesarias para poner al Ejército al abrigo de contingencias y cambios de Gobierno. Firmemen-

te encarrilado en el riel no tomado todavía del progreso continuo y paulatino, sin precipitaciones ni paradas, podrá trabajar confiada y tranquilamente en su propio mejoramiento. Entonces nos reemplazará otra prensa. Una prensa científica, nueva. En nuestro tiempo se trató de echar ciimientos y habíamos de emplear bien los grandes bloques. Entonces vendrá el ornato, la allarda fábrica y se hará no el trabajo hábil y minucioso de otras plumas mas diestras.

Entre tanto, y para hacer mas firme este nuestro pensamiento, irá desde el próximo número un permanente que cesará ó con *El Ejército Uruguayo*, ó con la fundación de la Escuela de Cabos y Sargentos.

El Ejército Uruguayo

El tópico de la fraternidad

AL SR. D. FELIPE D. SEGUNDO

Leemos en el estimable compañero de causa *El Centinela* del 14 del corriente, una carta suscrita por el señor D. Felipe D. Segundo, en cuya carta tratamos francamente algunos melivos ocasionales «del desvío incomprensible, existente entre las clases civil y militar.»

Declara el señor Segundo que no desea entablar discusiones por la prensa. Pero tendrá que oír siquiera algunas palabras que nos sugieren sus afirmaciones. E las deben ser tanto menos pasadas en silencio, cuanto las autoriza el nombre de un caballero, concepto social que merecidamente aplicamos al señor Segundo.

Tenemos ya lleno nuestro editorial y por eso nos concretaremos a traer conclusiones, razonando apenas sobre las razones del señor Segundo.

Empezamos declarando que para nosotros eso pretendido desvío no existe de hecho en la actualidad. El gran desenlace fraternal del Quebracho que cita el señor Segundo y la intachable conducta ulterior del Ejército; anterior, mismo, en dos años, lo menos; el continuo empeño por parte de buenos militares que aman al pueblo y de honrados ciudadanos que nunca acertaron a maldecir de la sangre hermana, ha producido ya el acercamiento definitivo. Quedan ligeras soluciones de continuidad que irán cesando a medida que aumenten las mutuas atracciones de la masa. ¿No era cosa de un día lo se trataba de odios! ¿se trataba de miedos! Por las grandes acciones aoradoras, fueron a Dios gracias, eficaces. Hoy quedan, como desasidos, algunos espíritus suspicaces, ó caracteres que han tenido motivo personal para jurar ó sostener el alejamiento. Ellos no bastan para producirlo, por mas que lo sostengan por su parte. Irán cediendo poco a poco, y la fusión de la sangre

y la sociabilidad será, incontrastable porque su separación era monstruosa, hija de grandes faltas declinadas y no podía, una causa pasajera, determinar un efecto continuo; sobre todo siendo esa causa una falta, y una falta reparada.

La acción benéfica, fraternal, ejercicio su influjo en todo un pueblo anhelante, pronto, en su estado de exaltación patriótica, a dejarse señorear por todos los grandes sentimientos. llenos, pues, aquí, con cariño y sin odio, altas as frentes no manchadas. ¿Que faltaba para el abrazo? Nada, y tuvo lugar, puro, sobre las proyecciones últimas, sobre las torcas resistencias. Pultó acaso un acto público que hiciese evidente el saludo fraterno, pero el hecho no fue por su silencio menos real. No hay que razonar muy hondamente para comprobarlo. No fué una reconciliación ruidosa; fué el acercamiento mutuo en el silencio donde se elaboran las grandes evoluciones sociales que luego salen a la superficie sin estrépido evidentes. Alguien crea todavía vernos en tal estado y lo engaña su creencia. No hay que empeñarse en las creencias malas.

Se dirá acaso que falta algo para que sea reconciliación es definitiva é indudable. No falta tanto. Faltan adhesiones de hombres, de coledividades tal vez, que han tenido acaso hasta hoy entre los males a combatir «El Ejército motinero.» Esto también es de otra fecha, señor Segundo; y sin embargo, vea usted que aun h. y quién no trepida en insular al Ejército actual con ese mote.

El Ejército disculpa eso por que él, a su vez, comprende que tiene mucho que hacerse disculpar. . . y por que desea de buena fé que no se alojen por sutilezas los lazos fraternales atados recién ayer; y por que, en fin, comprendo que en nuestro país, en todas las esferas, militares, sociales y políticas, ya se ha matado bastante y se ha herido al país, y se ha perdido mucho tiempo, nada más que por palabras.

No sea el señor Segundo uno de los espíritus suspicaces. ¿Que el Ejército tiene tal ó cual miembro que no debía pertenecer a él? ¿que tal oficial ó jefe perjudica a la clase? Admitamos el hecho. ¿Y eso es serio, señor, cuando se trata de juzgar impersonalmente, y como creemos, con deseo de absolver? ¿Que culpa tiene el Ejército, en tal caso, si el azar ó el favoritismo honró en otro tiempo con salones innecesarios a individualidades indignas? ¿Y a juzgarse al Ejército por lo que pueda hallarse de malo entre sus filas? ¿Que culpa tiene a su vez la sociedad, si en la misma esfera donde viven los espíritus altivos y rectos, se deslizan individuos despreciables cuya mano no debe estrechar un militar de honor? Es idéntico el caso, a nuestro ver.

Concluye el señor Segundo «. . . por que el momento de la verdadera fraternidad no ha llegado, todavía y está en las manos de ustedes y no en las nuestras, que se produzca.»

El momento de la verdadera fraternidad, señor Segundo, ha llegado. . . Y los que no lo han advertido todavía, deben comprender que está en ambas partes el interés. Por que nosotros no esperábamos como dádiva el cariño del pueblo, sino como restitución legítima, una vez que nos reconociesen méritos para obtenerlo. Esperándolo así no debía desearse que nos humillasemos, prostituyendo nuestra dignidad. Cuando dos amigos leales se dan la mano, se dan también mutuas ó iguales pruebas de respecto y diferencia. Y si el Ejército sin mérito ni altivez, tendiese su mano al pueblo demandando su afecto como una gracia, el pueblo lo habría dignamente retirando la suya.

Ni se bajarán ni nos bajaremos. Erguidos y sin sonrojo, sostendremos, como hermanos cariñosos y dignos, las manos enlazadas, en señal de unión y fortaleza consagradas a la patria que amamos y cuya integridad y honor tenemos el sagrado deber de conservar.

El Ejército Uruguayo

Costumbres electorales

—Es lo que falta en España, créame usted—me decía ayer un personaje político, porque yo también trato con personajes de esos, aunque me está mal el confesarlo. Es preciso «hacer costumbres electorales.»

—Y «hacer gramática» replique.

—Eso es lo de menos.

—Las últimas elecciones demuestran mi aserto—añadía el ausosidich personaje. Ya nadio vota.

—Es verdad—afirmó enternecido, «Solo se vota ya algún zapatero.»

Es desconsolador el espectáculo que ofrecen las elecciones en nuestro país.

De doce mil electores, han votado dos mil y pico de en Madrid.

En el resto de la Península ha ocurrido lo mismo.

Como decía un beodo en la puerta de un colegio electoral:

—Aquí no hay lo política ni un conocimiento natural, ni vergüenza ídem. Señores, ¿qué es el sufragio, sea personal ó universal ó nacional?

Y un repartidor de candidatura lo replicó:

—Vd. ha abusado de la urna.

En el fondo del borracho, es decir, sus teorías, había algo de verdad.

—¿Por qué hemos peleado durante siglos los progresistas y yo?—se interrogaba?

Y luego se respondía:

—Por la desamortización de las urnas y de los romeriles.

